

# Holísticos todos

Mauri Camio

ARP-Sociedad para el Avance del Pensamiento Crítico

## La parábola del médico exhomeópata

A finales de los años 1980 tuve una grave enfermedad: sufrí una flebitis de la Vena Mística. Una vena que ni siquiera sabía que existiera, y eso que por aquel entonces ya era médico; mejor dicho, había terminado la carrera de Medicina, que no es lo mismo.

La Vena Mística se localiza en el cerebro; en eso están de acuerdo todos los especialistas. En lo que no hay consenso es en la localización: unos la sitúan en el hipocampo, otros en el lóbulo prefrontal, allí donde el maestro Lobsang Rampa situaba el tercer ojo. Incluso hay quien niega su existencia. Pero para quienes hemos padecido esta flebitis, lo incuestionable son las perversas manifestaciones de tal patología: un delirio, a veces febril, presidido por la sensación —tan gratificante por otra parte— de omnipotencia. Entre los aspirantes a médico este delirio es un tanto peligroso, y en el caso de profesionales consolidados, un auténtico desastre de graves consecuencias para los pacientes, dado el déficit cognitivo que sufren los médicos afectados por dicha enfermedad. Ese déficit es fácilmente explicable si tenemos en cuenta que para ellos la duda no existe, pues confunden sus deseos con la realidad. Esto, como se ha dicho, en asuntos de salud es peligroso.

Desde mi punto de vista, basado en el conocimiento y la experimentación, los médicos afectados deberían ser apartados *ipso facto* de las consultas para ser puestos en tratamiento; y si no se dejan, que es lo más habitual dada la prepotencia que de por sí ya afecta a algunos galenos, deberán ser recusados por la vía judicial. Tranquilos, tampoco habría gran menoscabo de la asistencia sanitaria, pues a pesar de que el mal está bastante extendido y va adquiriendo características de pandemia, de momento afecta sobre todo a sanitarios (creo que podemos incluir a las enfermeras) que trabajan en consultas privadas. En la sanidad pública, qué duda cabe, también hay sanitarios afectados, pero en ellos la enfermedad no se manifiesta de manera tan aguda y evidente; digamos que la sufren con más discreción. Y creo saber el motivo: esta levedad de síntomas entre los profesionales de la sanidad pública se debe principalmente a la ausencia de motivación; esto es fundamental para que la clínica no se retroalimente y acabe, con un poco de suerte,

por extinguirse; es decir, que tiene *feed-back* negativo. ¿Y de que depende la motivación? Obvio: de la gratificación que obtienes de tus acciones. Y, como en la situación que nos ocupa la gratificación nunca viene de donde tiene que venir, es decir, de la satisfacción causada por la sanación del paciente —en este caso, del incauto que cae en tus manos—, solo puede proceder del dinero que el paciente paga religiosamente y con gusto, pues una característica de esta enfermedad es que los unos buscan a los otros y viceversa, en una situación de *feed-back* positivo difícil de modificar.

La etiopatogenia de la flebitis de la Vena Mística es multifactorial, habiendo tantas causas como personas. Por la misma razón, el tratamiento es multidisciplinar y personalizado, algo que, por cierto, los afectados no se cansan de repetir. De entre todas las terapias posibles, es la homeopatía, con su amplio surtido de remedios, la más solicitada. Por ello, fue mi terapéutica elegida como médico destinado a la ardua y poco reconocida misión de curar definitiva y realmente a todo el mundo sin intoxicarme yo con el materialismo científico y sin envenenar a mis pacientes con fármacos salvajemente despiadados con la holística integridad del ser humano.

Hasta el momento en que caí enfermo era un chico normal, si es que esto existe, que había superado con éxito todos los filtros sociales de la época, ceremonias de iniciación incluidas. Era un hombre estándar que de repente, como suele ocurrir, enfermó. Cuando en pleno delirio mandé todo al carajo y me convertí a la fe homeopática, el primer obstáculo que encontré fue que era bien difícil estudiar homeopatía en España. Entonces no había la proliferación de másteres y diplomaturas de hoy en día; era un conocimiento un tanto esotérico y críptico, solo al alcance de privilegiados que habían recibido la inspiración directa del propio Hahnemann. Para hacernos una idea de lo inaccesible que era tan arcano saber, un detalle: teníamos en la carrera una asignatura maría que era Historia de la Medicina, no sé si se sigue impartiendo. El caso es que, en dicha asignatura, no se hacía mención ni de la homeopatía ni de ninguna otra terapéutica alternativa, que dicen los laicos, y aseguro que una vez terminada la carrera desconocía hasta

la existencia de tamaño caudal de conocimiento empírico.

Cuando enfermé, mi delirio de poseso me llevó a una interpretación audaz de esta ausencia de información como una artimaña deliberada por parte de los que manejaban el cotarro: de las multinacionales farmacéuticas, el Estado opresor y sus poderes fácticos, las Iglesias y sus acólitos, la sociedad entera, envidiosa, ignorante y rencorosa. Un complot en toda regla del *establishment* para desacreditar e ignorar la homeopatía, la bendita panacea que, por el hecho de restablecer completamente y hasta la muerte la salud de la gente —y además por poco dinero—, acabaría con sus negocios y prebendas, que pasaban por mantener enferma a la sociedad y, por lo tanto, dependiente de sus fármacos, sus hospitales y sus miserias. Juro por Hipócrates que este fue mi sincero razonamiento, creencia intuitiva y punto de partida; ahora me parece increíble tamaño diarrea mental pero, para qué nos vamos a engañar, así fue.

Comenzaron mis pesquisas en busca del Santo Grial homeopático y así, entre tinieblas pero dirigido e informado por revistas de la época —*Integral* me gustaba mucho—, di con una librería en Madrid donde encontré lo que buscaba: ¡¡El *Organon*!!, Torá revelada; ¡¡la *Materia Médica* de Kent!!, redivivo Necronomicón; textos de Vannier, Vithoullkas... Hasta los nombres de los autores me magnetizaban. Fui feliz en aquella librería de Ópera, sí.

Reconozco que estos libros —y otros muchos que devoraba— me iban resultando un tostón indigesto, pero achaque a mi ignorancia la imposibilidad de descifrar y digerir escritos tan velados como aburridos. Ni por un momento sospeché que eran majadería impresa; todo lo contrario, me dije que no se hizo la miel para la boca del asno, y había que desasnarse al precio que fuera. Continué con mis indagaciones, hasta que localicé la institución que colmaría mis ansias: la *Academia Homeopática de Barcelona*.

Allí dirigí mis pasos y mis súplicas hasta que, por un módico precio, me admitieron junto con otros 49 médicos tan iluminados como yo; era el año 1990. Podría contar muchas anécdotas de aquella experiencia; pero corramos un tupido velo, que no quiero ofender a nadie. Me diplomé el año 1992, tras un examen —al cual se dignaron acudir miembros de una fundación tan importante como el Hospital Homeopático de Londres— en el que se me pidió una disertación oral sobre los efectos de la *Coffea cruda* (café en grano), momento glorioso en el cual acuñé una definición que ha pasado a la *Materia Médica* Homeopática: *Coffea* provoca una catarata de ideas, por lo que puede servir para estados anímicos caracterizados por la verborrea. Sobresaliente.

Con la poca ilusión que me quedaba tras haber pasado

por la Academia de Barcelona, adquirí en traspaso un herbolario cerca del mercado de Maravillas en Madrid. Parecía una buena manera de captar clientela. Durante un año dilapidé mis bienes, pero me sirvió para descubrir cosas sumamente interesantes, que a la larga me han sido de gran utilidad: que la gente te minusvalora si vas de legal o cobras poco; que no sirvo para regentar un negocio; que la competencia era feroz; y lo más importante, descubrí que me faltaba un ingrediente primordial si quería buscarme la vida con la medicina privada: no dominaba el arte del paripé. Estoy más dotado para la comedia o incluso para capear tragedias, pero la farsa no es lo mío. Recordemos la segunda acepción que el diccionario tiene sobre esta palabra:

**Farsa:** Enredo que tiene como fin engañar o aparentar.

La realidad me abofeteó en toda la cara. La inercia creó otro inadaptado, otro misántropo al cual no le quedaba otra salida que refugiarse en algún lugar aislado para lamerse las heridas. Y así es como recalé en Menorca, bendita sea.

Pero no estaba escarmentado. Tardé poco tiempo en recuperar la autoestima y reunir valor para volver a las andadas, algo normal en una isla plagada de místicos exiliados de varios continentes. El mecanismo de *feed-back* positivo funcionó como una turbina. A los pocos meses de llegar, ya había tomado contacto con la mayoría de los iluminados, estupefactos ellos de topar con un médico que se dedicaba a sus mismos menesteres, una *rara avis* que renegaba de la ciencia y de sus maléficos argumentos y poderes. Era otra farsa, pero más ingenua —y diluida hasta la enésima potencia—, en la que me movía a mis anchas. Tres lustros duró la broma.

A partir de cierto punto, una vez pasados los primeros meses de reconocimiento y aceptación por parte de la *intelligentsia* holística de la isla, intenté apartarme de la carcoma mística sin ofenderla. Evitaba participar en sus ceremonias pero sin parecer herético, conversaba sin intercambiar experiencias místico-terapéuticas, fingía dicha y alborozo por pertenecer a la camada holística... Algo agotador, y solo al alcance de los grandes cínicos. Y como yo no soy grande en nada, poco a poco me fueron abandonando no solo mis pretendidos compañeros terapeutas, sino también los pacientes, que con su intuición captaban las ambiguas señales que emitía mi córtex. Primero me abandonaron los veganos, los macrobióticos, los yoguis, los budistas y los nazarenos, chamanes variopintos todos ellos, de sólidas convicciones y largas antenas. Pero no me preocupó, porque era mi deseo. Luego dejaron de acudir a mi bonita consulta junto al mar los enfermos mentales y los infecciosos. Pero no me preocupó, porque ninguno se curaba. Luego los hipertensos, los cardiopatas y los enfisematosos. Pero

***Coffea* provoca una catarata de ideas, por lo que puede servir para estados anímicos caracterizados por la verborrea. Sobresaliente.**

no me preocupó, porque ninguno se curaba. Más tarde, los psoriásicos y los alérgicos. Pero no me preocupó, porque ninguno se curaba. Y luego las embarazadas y las madres con sus criaturas. Pero no me preocupó —¡Dios, qué alivio!, eran más papistas que el papa—, porque ninguna se curaba. Finalmente, me quedé a merced de los trastornados, premenopáusicas y andropáusicos varios, los despistados y los que querían dejar el tabaco. Y así seguí por este derrotero hasta que me quedé solo y contento, que era lo que deseaba.

Las flebitis de cualquier vena son enfermedades autolimitadas que, en personas por lo demás sanas, curan solas; si acaso hay que ayudarlas, se aplica frío en la vena inflamada, se aconseja reposo relativo y se prescribe algún antiinflamatorio. Basta con eso, salvo en aquellas que afectan a venas delicadas —como es la que nos ocupa—, en cuyo caso, aunque la inflamación ceda espontáneamente (como todas las demás), suelen quedar secuelas a veces graves y, sobre todo, duraderas. Estas secuelas no producen limitaciones funcionales ni ponen la vida en peligro, pero causan una discapacidad mental difícil de tratar por insidiosa, engañosa y autocomplaciente hasta el regodeo. Es decir, que el pronóstico no es halagüeño, pero se puede curar; lo juro

por Hahnemann.

En mi caso, la flebitis sanó; bien es cierto que la convalecencia duró lo suyo, pero aquí estoy. «¿Y cuál es la receta?», os preguntaréis. Pues no la hay, porque cada enfermo es un mundo. Así que no puedo daros de lo que no hay; o mejor dicho, podría daros miles de recetas, pero ninguna sirve. De todas formas, no era mi intención con este relato, que no tiene nada de cuento, reprender a incautos, aliviar pesares o descargar culpas. Tampoco quiero poner en solfa nada ni a nadie; que cada uno se engañe o se envenene como pueda y quiera. Ya estoy saciado de ver y oír penas y, aunque todavía me conmuevan los achaques que afligen al ser humano, ya no aconsejo ni cobrando. No. Mi relato va dirigido a mis compañeros médicos y enfermeros —con los otros ni me trato— que se dedican a entretener males con mejor o peor voluntad, que lo mismo da, pues has de saber que por tu simple voluntad nadie sanará, colega. La fe ciega y todos tus holísticos saberes producen tan solo un triste efecto placebo que dura lo que dura: la consulta y un minuto más. ¿Y después? A otro perro con ese hueso.

No soy un converso; en todo caso, un reconvertido que, en realidad, intentando regresar del más allá, se va dejando la piel a tiras por el espinoso camino de la verdad.

(foto: Earl R. Shumaker, flickr.com/photos/64141731@N03/)

